
EL NACIONALISMO ALBIZUISTA EN EL CUENTO PUERTORRIQUEÑO

Alma Acosta Cartagena

La trayectoria política del pueblo puertorriqueño ha sido marcada por varios intentos libertarios que han dejado su huella no sólo en la historiografía patria, sino también en nuestra historia literaria, al convertirse en materia semántica para la creación artística. Son tres los hechos que más vivamente han marcado el alma colectiva; los que se han convertido en objetos del fervor popular por la impronta que han dejado, en distintos momentos de la forjación del ser, de la nacionalidad puertorriqueña.

1868 es el año del Grito de Lares: grito libertario en respuesta a promesas incumplidas, represiones y persecuciones del abolicionismo puertorriqueño, limitaciones y abusos de toda índole. Es el patricio Ramón Emeterio Betances quien organiza desde Santo Domingo la revolución armada que ante el grito de ¡Viva Puerto Rico libre! entrará en Lares, ondeará la bandera de Puerto Rico y proclamará la república. Si Betances fue el cerebro, el venezolano Manuel Rojas--en gesto de solidaridad panamericana--fue el músculo que echó a andar la conjura, con el concurso de criollos de voluntad firme como Manuel Cebollero, Eusebio Ibarra y Pablo Beauchamp, entre otros, y el norteamericano Matías Brugman. Prontamente, los milicianos españoles sofocaron la rebelión de los patriotas, cuya persecución duró varias semanas tras las cuales muchos fueron baleados o encarcelados en Aguadilla, Arecibo, Lares y Ponce.

1937 es el año de la Masacre de Ponce. Ocurrió el 21 de marzo--Domingo de Ramos--cuando una organización juvenil del Partido Nacionalista--los Cadetes de la República--, se proponía celebrar una marcha autorizada previamente por el alcalde de Ponce. El Coronel Orbeta, Jefe de la Policía, suspende la manifestación programada e intenta disuadir a los nacionalistas de la celebración, a lo que estos no acceden. Posteriormente, ya iniciada la marcha,

suenan un disparo cuyo origen es aún desconocido, lo que ocasionó que la policía, que estaba en actitud de provocación, iniciara un tiroteo contra los nacionalistas y espectadores; hombres, mujeres y niños. El saldo fue trágico: una veintena de nacionalistas muertos, así como varios policías, y numerosos heridos--unos doscientos--que convirtieron esta actividad en el acto de índole política más sangriento en la historia de Puerto Rico.

La Insurrección Nacionalista de 1950 debe entenderse--al igual que la Masacre--dentro del contexto que provee la ascensión de don Pedro Albizu Campos, a la presidencia del Partido Nacionalista en 1930, lo que significó el abandono de la retórica patriótica por la acción revolucionaria armada. Así, el 30 de octubre de 1950 marca tres momentos en esta trayectoria liberacionista puertorriqueña: primero un choque armado en Peñuelas, en el cual resulta muerto un oficial de la policía; en segundo lugar--y en la tradición iniciada en 1868--captura del pueblo de Jayuya y la consiguiente proclamación de la República; y finalmente el ataque a la Fortaleza, para dar muerte al gobernador Muñoz Marín.

El 1 de noviembre dos nacionalistas atacan la Casa Blair, residencia del entonces presidente Truman en un intento de llamar la atención mundial. Al día siguiente--2 de noviembre--se procedió al arresto del Maestro-Albizu Campos--tras una dramática batalla en su residencia de la Calle Sol de San Juan. Es acusado de ataque para cometer asesinato y violación de la Ley 53 del 10 de junio de 1948, llamada popularmente la "Ley de la Mordaza", tras lo cual fue sentenciado, en 1951, a 80 años de presidio. Gracias a la presión de los pueblos latinoamericanos, el gobernador Muñoz lo indulta en 1953, pero le revoca dicho indulto en 1954, seis meses después, luego del ataque a tiros por cinco nacionalistas puertorriqueños a la Cámara de Representantes de Estados Unidos. Ahora el Maestro sólo

abandonaría la cárcel en 1964, cinco meses antes de su desaparición física.

Tal efervescencia patriótica no podía pasar inadvertida al grupo de jóvenes que hacia los 40 y 50 advienen a su madurez literaria y emprenden la renovación del cuento, convirtiéndolo en instrumento de denuncia a la par que asumen una actitud de profundo compromiso ante la situación trágica en que vive el país.

Si como afirma, José Luis Vega, poeta y crítico literario, *"el texto es el espejo. La escritura dibuja y redibuja el rostro histórico de la realidad"* (136), no es raro que tres de los representantes de esta hornada literaria--René Marqués, José Luis Vivas Maldonado y Edwin Figueroa--hayan asumido el tema del nacionalismo albizuista desde variadas perspectivas, con mayor o menor éxito, pero siempre con la verticalidad y el compromiso político que caracterizó--si no a todos los miembros--a la mayoría de este grupo. Tampoco es raro que un autor cronológicamente anterior como Néstor Rodríguez Escudero aborde el tema de nacionalismo en sus "cuentos intrahistóricos" desde una perspectiva de neutralidad política, pero con un profundo compromiso de justicia histórica para con la *"abnegación y el sacrificio de estos individuos prontos a dar la hacienda, la paz de sus hogares, su libertad personal y hasta la vida por su ideal (lo) que hace de su credo algo muy respetable y de ellos personas dignas de admirar"*. (136)

De estos autores hemos seleccionado los cuentos "Otro día nuestro", "La muerte", y "La sala", de René Marqués, todos premiados en los certámenes del Ateneo Puertorriqueño; "El rebelde" y "Salón Boricua", de Edwin Figueroa; "Creciendo está un matojal", de José Luis Vivas Maldonado y "El mastín del maestro", "Una bandera que tenía varias franjas y una estrella solidaria" y "La masacre" de Néstor Rodríguez Escudero. Nueve cuentos que abordan el tema desde variadas vertientes, que dibujan y redibujan la figura del caudillo, exploran los efectos del nacionalismo en el núcleo familiar, recrean episodios revolucionarios o resaltan la significación individual del acto heroico; pero todos con una clara intención de recoger el pulso vital de unos hechos que calaron hondamente en la historia puertorriqueña.

La imagen del caudillo e idearium nacionalista

Indudablemente la imagen del Maestro Albizu adquiere sus mejores contornos en la etopeya que nos da René Marqués en su cuento "Otro día nuestro", que presenta al caudillo como un ser fuera de tiempo, que emprende con valentía una misión que lo llevará a la muerte *"por la raíz honda de la raza que manos impías querían profanar. Por la tierra dada en heredad..., por la lengua que legaron los abuelos, por la Cruz de Redención, por la libertad de la Isla"*. (En una ciudad 51)

El viejo caudillo reconoce que no pertenece a la edad en que vivía y que, por tanto, era inútil la lucha que libraba; porque aunque *"había sacudido brutalmente con la violencia y el odio a un mundo calladamente triste, resignadamente dócil"* había pretendido infundir valores a un mundo *"donde apenas cabía el ideal miserable de sobrevivir a cada día"*. (En una ciudad 51)

El autor establece, además, un paralelismo entre Cristo y el Maestro. Ambos son incomprendidos en la grandeza de sus misiones; ambos sienten desaliento y el abandono y aceptan la muerte por su función redentora. Este paralelismo Cristo-Albizu se establece a través de un recuerdo del personaje respecto a una observación de un seguidor; *"Maestro tiene usted rostro de Cristo"* (En una ciudad 44) y se refuerza a lo largo de la narración con la frecuente alusión a textos bíblicos cuya intención es manifestar el apoyo divino a la misión redentora de Albizu para con su pueblo (**Porque no ha de abandonar el Señor a su pueblo, ni dejar desamparada su heredad**), subrayar la noción de sacrificio por el ideal (**Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos**) o para recalcar la idea de la inutilidad de su lucha anacrónica por la libertad del pueblo (**Sembrarás y no segarás; pisarás la uva y no beberás el vino**). Pero a diferencia del primero, la muerte "buscada" no llega para el caudillo que sale a su encuentro cuando comprende *"que su misión no era de este mundo innoble y burdo tan hostil al pasado"*. (En una ciudad 51)

La imagen del ser ahistórico se refuerza en el cuento a través de los menciones, tomadas del

fluir de la conciencia del personaje: *"Maestro, parece usted un gran señor del siglo pasado" (En una ciudad 49)*--voz de un seguidor--y *"Me gusta lo que hay en ti de otras edades" (En una ciudad 49)*--voz de la esposa ausente. Imagen y figura de otro siglo que determina su vestimenta: corbata de seda negra, atada con un ancho lazo al estilo del siglo XIX, zapatos de charol deslustrados por el uso.

Otro rasgo de la personalidad de Albizu destacada en este cuento de Marqués es su espíritu solidario y la comprensión--nunca el odio o el desprecio--por sus perseguidores. Narra José Rivera Sotomayor, acompañante de Albizu en el momento de su arresto, que Albizu, a su paso por las carreteras de Puerto Rico, detenía el automóvil para saludar y preguntar a sus perseguidores cómo se encontraban y si necesitaban algo. Les recordaba siempre que *"el gobierno interventor en Puerto Rico era el culpable de las molestias, así como de las malas noches que ellos pasaban persiguiéndolo y vigilándolo"* (Rivera 6).

Este rasgo de carácter lo vemos perfilarse en "Otro día nuestro" cuando el personaje ve cambiar la guardia nocturna por la diurna y siente por ellos una "intensa piedad" porque *"no podrán disfrutar de sus hijos hoy. Tendrán que dormir el día para volver a la vela nocturna. Y perderán la dicha de gozar de otro día nuestro"* (48). Asimismo, dispuesto a buscar la muerte cuando comprende la inutilidad de su lucha ahistórica, sale a la calle y saluda a la guardia: *"¿Cansados de la guardia, muchachos?" (En una ciudad 55)* les pregunta antes de echar a andar calle abajo.

Tal vez la característica de Albizu que más se resalte sea su oratoria viril, elocuente, convincente. Esta imagen del orador fogoso la encontraremos en "El mastín del Maestro" en que el presidiario zapatero que echó sobre sus espaldas la tarea de ser perro fiel para el Maestro, se refiere repetidamente a *"la voz cálida y elocuente del líder"* (Rodríguez 140), a la *"palabra dura y grave del prócer: al hombre que lo había conquistado con su sabiduría, con su magnetismo personal, con su vida de sacrificios, con su palabra cálida y llena de simpatía"* (140). Esa es también la imagen que del Maestro nos presenta el joven combatiente utuadeño de *"Una bandera que tenía varias franjas y una solitaria estrella", quien*

"había puesto su fe en aquel hombre de mirada imperiosa que había sufrido el presidio y la injusticia sin quebrantar su decisión de hacer una patria libre" (Rodríguez 144) y cuya *"prédica revolucionaria lo arrastró [...] para irse a la capital tras aquel nombre de melena, copioso bigote negro y ademanes señoriales que hablaba de patria y de libertad"*. (148)

Otro dato que no pasa inadvertido en estos cuentos es el profundo sentido católico del nacionalismo, no empuja el carácter violento que proclama que *"el derecho de los pueblos a su independencia no se discute y si se discute es a tiros"*. Esta actitud se entiende, de acuerdo con Eunice Santana, a la luz de la religiosidad netamente católica y popular de comienzos del siglo XIX (16).

No debe extrañar, pues, el hecho de que cada asamblea del Partido Nacionalista se constituyera "En el nombre del Todopoderoso, creador y defensor de las nacionalidades". Por eso tampoco resulta inusitado el profundo sentido de valor y sacrificio que se le exigía al nacionalista; sacrificio a tono con la significación religiosa propia no sólo del cristianismo, sino de la experiencia religiosa general. El discurso albizuista recalca reiteradamente la necesidad de sacrificarse en defensa de la patria y la necesidad de entregar "vida y hacienda" en beneficio de la libertad colectiva.

Los nacionalistas que desfilan por las páginas de estos cuentos tienen plena conciencia de lo anterior. No buscan la muerte, pero están conscientes de que, como decía el Maestro,--*"el valor no es sólo el valor más permanente del hombre, sino la suprema virtud del hombre"*.

"El rebelde", el hombre recrimina a su mujer, Valentina, diciéndole:--*"Así no se puede vivir Valentina, hay que tener ideales y sacrificarse por la Patria..."* (Berríos 44). Por eso, los héroes de los cuentos de Néstor Rodríguez Escudero realizan el acto de supremo sacrificio--la vida por la libertad de la Patria--y entregan su último aliento a la muerte con un rezo a la Virgen María o una plegaria al Creador. Es de notar también, que en el cerrado ambiente del viejo caserón en que vive el prócer domina la imagen del Crucificado, tallado en madera de los bosques isleños y que el caudillo establece un

paralelismo entre la lucha del pueblo de Dios y la lucha de Puerto Rico por su independencia, lo que le confiere matiz sagrado a la empresa nacionalista:

Y vio la estrella blanca de la bandera sobre el triángulo azul de una trinidad inmutable: amor, vida, muerte. ¿Podría ser de otro modo? Ríos de sangre cruzó el pueblo de Dios para alcanzar su libertad. Y la espada de los libertadores se tiñó de sangre hermosa. Y su verbo tuvo también sabor de sangre. (En una ciudad 51)

Hay, además, en estos hombres, la seguridad de que los actos que realizan responden a una misión autoimpuesta a la que deben responder:

Si se había incorporado a este movimiento que no prometía sinecuras ni canonjías para nadie, sino el camino sombrío del sacrificio, si el único premio del holocausto sería la satisfacción del deber cumplido, no podía tener miedo de ir a la cárcel, ni aún ofrendar su vida por la emancipación de su tierra. (Rodríguez 140)

Cumplen, finalmente, su misión porque "el aspecto más bello de su vida era el sacrificio que había hecho por su patria". (Rodríguez 139)

Recreación literaria de personajes y actos revolucionarios

Tanto la Masacre de Ponce (1937) como la Insurrección Nacionalista (1950) produjeron actos de verdadera grandeza revolucionaria, no sólo por el patriotismo mismo de la entrega de la vida por un ideal, sino por el culto al valor y al sacrificio y del deseo de dejar constancia de ese culto. Tales son los casos de Bolívar Márquez Tellechea, Cadete de la República, Vidal Santiago, el barbero de Albizu, Heriberto Castro, Comandante del Ejército Libertador de Utuado, Julio Colón Feliciano y Agustín Quiñones, combatientes utuadeños. Sobre el primero de ellos, la historia consigna que, moribundo, escribió durante la balacera del Domingo de Ramos, con su propia sangre, las frases "Viva la República, Abajo los

asesinos" y a su lado tres cruces, tal vez indicativas del ya mencionado sentimiento cristiano del Nacionalismo puertorriqueño.

Según el testimonio de José Angel Medina Figueroa, combatiente utuadeño, la noche en que la policía y la Guardia Nacional balearon a los nacionalistas capturados ocurrieron actos similares:

Antes de morir, Tony (Ramos) me dijo: "Así mueren los machos". Julio Colón Feliciano, que murió allí, escribió unas letras con sangre. Agustín (Quiñones) escribió. Escribieron con la misma sangre, pero se borró ¡Todos estábamos bañados de sangre! (Seijo 148)

Efraín Gil de la Madrid, al relatar los sucesos anteriores a la Masacre, describe una escena de gran dramatismo:

Luego fui a casa de Damián Torres y vi el cadáver de Heriberto Castro. Estaba cubierto con la bandera de Puerto Rico. Todo el pueblo aparentemente fue a verlo porque aquello estaba lleno de gente y la policía permitía la entrada. (Seijo 150)

Aunque Heriberto Castro era el dirigente del frente utuadeño y protagonista del hecho, Rodríguez Escudero lo presenta como líder, pero deja que sea otro personaje quien realice la hazaña, la cual conocemos a través de su propia narración. Se nos presenta como el único sobreviviente entre los ocho combatientes que habían iniciado la acción. Su acto es considerado por él mismo no sólo como afirmación de su ideal, sino también como una forma de trascendencia que le permite elevarse sobre una lucha anónima:

Voy a morir y no he hecho nada trascendente por mi patria? ¿A qué se ha reducido mi obra? A algunos hechos aislados y tomar parte en esta escaramuza sin consecuencias [...] Ya que otra cosa no he podido hacer, moriré envuelto en la bandera de la patria, envuelto como diría de Diego "en el sudario de tres colores de mi bandera". (151)

El protagonista de "La masacre"--quien también narra su historia--, es una recreación de Bolívar Márquez. Ambos son jóvenes, Cadetes de la República, demuestran su actitud de rebeldía frente al *"exceso de poder que impediría que un grupo pacífico de ciudadanos celebrara una actividad propia del sector que se empeñaba temerariamente en despertar la conciencia dormida de aquel pueblo, enervado por más de 400 años de narcótico colonial"* (Rodríguez 153-154). Como el protagonista de "Una bandera que tenía varias franjas y una solitaria estrella", la inminencia de la muerte lo hace cuestionarse su misión en la vida: *"¿Qué hice en este movimiento?"* se pregunta mientras trataba de mantener el último aliento vital: *"¿Qué último servicio podré hacer a mi patria? ¿De qué modo podré dedicar mis últimos momentos a servir al ideal?"* (Rodríguez 156). Así, pues, decide rendir a la patria un postrer servicio, dejando constancia del ideal por el que moría al escribir con su sangre: ¡Viva la República!

Uno de los incidentes de mayor importancia y dramatismo fue el asalto a la barbería Salón Boricua, de Vidal Santiago Díaz, el barbero de Albizu. De acuerdo con Seijo Bruno, fueron necesarios quince policías, veinticinco guardias nacionales con ametralladoras, rifles, carabinas, revólveres y granadas para batirse por más de tres horas con un solo hombre; el barbero de Pedro Albizu Campos, Vidal Santiago Díaz. (152)

Este Santiago Cruz, como todos los héroes de estos cuentos, ha sufrido la persecución, la soledad y el rechazo de sus vecinos. Estuvo en la cárcel y vive acosado porque *"en cada paso que daba sentía el presagio de la vuelta a las prisiones"*. (Figueroa 89) Sabe de cuarenta años de asedio y de las desilusiones con un pueblo que no ha podido liberarse de lo que él llama "la crisis insalvable de su pueblo". Como el viejo caudillo de "Otro día nuestro" vive alejado de los que más ama. Sólo lo sostiene el ideal que intenta defender con el mismo tesón que cuarenta años antes, cuando participó en el ajusticiamiento del Coronel Riggs, en represalia por la muerte de cuatro jóvenes nacionalistas en Río Piedras, acto conocido como la Masacre de Río Piedras (1935). Pero le faltan las fuerzas. Con todo, resiste la intensa balacera y mientras se debilita, la imagen

de la cárcel retorna a su mente. Pero ya no le duelen ni la cárcel federal ni La Princesa; lo que le hiere es su pueblo narcotizado, la mirada vacía de su gente.

Uno de los rasgos fundamentales de la Promoción del 40 es la incorporación en nuestras letras de los temas metafísicos: la muerte y el miedo. En "La muerte" de René Marqués, nacionalismo y muerte se unen en un apretado haz en el personaje que a diferencia de los demás protagonistas no es nacionalista. Antes bien, para él los cadetes que ve marchar son unos jóvenes locos: *"siempre voces distintas vociferando las mismas patrañas, siempre el mismo desfile de trapos colorinescos enarbolados, por idénticas manos fanáticas"* (Inmersos 14). Es un hombre aterrado por la idea de la muerte, por la conciencia del tiempo en relación con lo que cambia por medio de aquella; obsesionado por la idea de que cree haber descubierto que no tiene alma.

¿Qué puede haber en común entre aquellos hombres dispuestos a llevar a la práctica la idea albizuista de que *"la patria es valor y sacrificio"* y este hombre escéptico, ajeno a todo ideal? Sólo el pensar que ellos habían descubierto que a través de la voluntad y la seguridad absoluta en sí mismos podían dar razón a la existencia, a pesar de la muerte: que lo importante era salvar la existencia, aceptando la muerte para ejercer la libertad para actuar y dar sentido a la existencia.

Por eso, ante la orgía de muerte que presencia, por primera vez se siente seguro de sí mismo y enardecido; con sensación de elevación mística decide ondear la bandera revolucionaria que un adolescente agónico pugnaba por mantener a flote. Este postrer acto constituye para él no un acto patriótico, sino un acto que salvaba su existencia, aunque la bandera, la patria y la revolución nada significaran para él: lo que importaba era la acción. Había salvado su existencia, había ejecutado sin saberlo un acto de desafío que lo elevaba sobre una vida anodina del mismo modo que los nacionalistas salvaban su lucha inútil escribiendo con sangre o envolviéndose en una bandera monoestrellada.

Uno de los actos más indignos para tratar de macular la imagen de Pedro Albizu Campos fue el intento de ridiculizar su figura a través de los

medios de comunicación. Tanto es así que Rivera Sotomayor afirma que a don Pedro "Se le negó. Se le ultrajó. Peor aún: se trató de sellarlo para la historia por la cobarde pluma editorialista del Diario de Puerto Rico con el bajo y miserable título del héroe de la toalla" (7). Se refiere a un incidente recogido por Seijo Bruno cuando interroga a Alvaro Rivera Walker, única persona que estaba con don Pedro al momento de su arresto. Ante la pregunta de si era cierto que don Pedro había sacado una toalla blanca para rendirse, Rivera Walker contesta que había sido una iniciativa de él (Rivera Walker) la de rendirse para evitar que asesinaran a don Pedro. (171)

Este incidente lo recoge Néstor Rodríguez Escudero en su narración "El mastín del maestro", en que el zapatero mulato, inspirado en Alvaro Rivera, ya cumplida su condena, decide reivindicar el nombre del hombre que era "el símbolo de la patria organizada para el rescate de su soberanía" (143). Por eso al enfrentarse a los periodistas que lo esperaban, en un acto de devoción al Maestro acepta su responsabilidad, dejando limpio el recuerdo del caudillo:

Eso es una infamia. Miente quien diga que el Maestro se rindió. Fui yo quien alcé la bandera de rendición para salvar su vida de un sacrificio que yo creía inútil. La vida del Maestro había que conservarla para las luchas del porvenir y yo, sin consultarle, presenté la bandera. El quería morir para que su sangre sirviera de levadura a la revolución. (145)

Consecuencias de la Insurrección del 50

Uno de los aspectos que no pasa inadvertido para cualquier conocedor de la situación política actual "de nuestro país es la persecución sistemática--abierta o velada--a la que se ha sometido a la militancia independentista puertorriqueña. Tómense como ejemplo las listas de subversivos, que contienen cientos de nombres de personas a las cuales se les había preparado un expediente por ser militantes o simpatizantes de la independencia. Si esto es así en estos momentos de apertura, ¿cuánto más grave no sería la situación en las décadas del 40 y del 50, momentos de mayor efervescencia? Tanto es así

que Ivonne Acosta sostiene que la Ley 53 de junio de 1948, la Ley de la Mordaza "*parecía hecha a la medida para castigar a don Pedro Albizu Campos [...], al convertir la palabra en un delito igual o peor que el asesinato*". (Acosta 9)

No hay un sólo de los personajes de estos cuentos que no haya sufrido los efectos de la persecución, la discriminación, la incompreensión y hasta el odio de su pueblo por defender el ideal que en otros lugares glorifica y convierte en héroe.

En "Otro día nuestro" el viejo caudillo se sabe constantemente vigilado; se ha ido quedando paulatinamente solo tras el exilio del hijo y de la esposa, y la interrupción de la visita de su amigo Juan, quien "*traía noticias, voces amigas, mensajes de aliento, datos valiosos*". (En una ciudad 50). El mulato zapatero de "El Mastín del Maestro" fue abandonado por su esposa "*que no tuvo valor y reciedumbre para aguantar aquellos diez años y cobardemente se huyó a mitad del camino y le hizo recibir el emplazamiento de divorcio en la cárcel*" (Rodríguez 139). El combatiente utuadeño subsiste en San Juan porque "*el jefe le había extendido su mano protectora y había trabajado en la imprenta donde se publicaba el semanario del partido*". (Rodríguez 148)

Sin embargo, son los cuentos "El rebelde" y "La sala" los que mejor elaboran el tema de los efectos del nacionalismo en la familia al abordar las situaciones que confrontan los combatientes que tratan de integrarse a la vida ciudadana tras largos años de cárcel, como en "La sala", o la situación de olvido y abandono a que se es sometido por luchar por su ideal, como es el caso de "El rebelde".

En este último cuento, que comienza precisamente con la muerte del rebelde, asistimos a todo un proceso de desintegración familiar, al desarrollo de un paulatino sentimiento de rencor por parte de la mujer que se siente menos importante que un ideal que no logra entender:

Ya estoy cansá' de tanta promesa. Decídete de una vez. O dejas la manía esa de bandera y de patria o te vas de to' esto y me dejas tranquila. Pero si te vas, morirás pa' nosotras. Te aseguro que día ha de llegar en que tu hija te pasará por

el la' o y no sabrá que eres su padre... Escoge de hoy pa' siempre... (Figueroa 44)

Y la mujer queda sola, mientras crece su rencor debido a *"aquel largo camino de puertas cerradas, desprecios y murmuraciones de barrio"* (Figueroa 43), y para evadirlos huye *"más lejos todavía, donde no halle boca que lo miente, ni me persiga más su sombra"*. (Figueroa 41) Finalmente, la profecía se cumple; el hombre muere solo, sin nadie que le rece o le eche un puñado de tierra. Sólo lo acompaña en su último viaje la bandera desflecada que flota sobre la tapa de la caja a cada soplo de brisa. Mientras, la hija ve pasar el cortejo fúnebre, sin saber que el hombre que enterraban era su padre; Valentina, amargada, rencorosa, inicia un llanto, sin atreverse a mirar, por vergüenza, la imagen de la Virgen.

Mercedes, Manuel y Leandro también son víctimas del ideal. Mercedes se ve obligada a mudarse constantemente, rechazada por los amigos, que temen comprometerse si se relacionan con la esposa de un nacionalista. Sufre el hambre y el desamparo y, peor aún, se siente obligada a transar, a destruir símbolos, libros y poemas para borrar la mancha de la subversión. El hijo no entiende por qué acusan a su padre de asesino y se pregunta quién tiene razón si no es su padre quien la tiene.

Diez años cambian el mundo, las personas más queridas. Y el regreso se hace incómodo porque diez años los han convertido en extraños:

"Deseando angustiosamente no serlo, agonizando por volver a una familia remota a un tiempo en que no era preciso sonreír forzosamente, o escurrir la mirada o sentir el embarazo de un gesto, de un movimiento, cualquiera que éste fuese;..." (En una ciudad 150)

Como en el viejo caudillo nacionalista, hay en Leandro la conciencia de que este es un tiempo difícil para los ideales: *"Todo es obsoleto: los cuentos de héroes, la sangre en holocausto, el sillón en la sala, la libertad de un pueblo, el corazón de un hombre; el vaivén de la araña en el techo y la voz que musita cosas de maravilla: episodio de mártires, de mujeres que bordan*

banderas tricolores, de sueños realizados y de libertadores". (En una ciudad 155-156)

Y entendió entonces que no había esperanza para su desolación; que la esperanza quedó tras las rejas que intentaron sellar los labios que clamaban libertad.

Hacia una dimensión simbólica: Creciendo está un matojal

No todos fueron héroes, ni pudieron incorporar a sus espíritus las prédicas de valor y sacrificio que fueron claves, tanto en la realidad, como en las ficciones narrativas. Alberto Martínez, padre, tras una juventud de discursos improvisados, de sentir la emoción al hablar sobre la patria y de haber creído encontrar al hombre que guiaría sus ilusiones, abandonó el ideal, al convertirse en un exitoso abogado. Cuando ve a su hijo participar en la Insurrección Nacionalista y posteriormente morir, rememora su juventud rebelde y el nacimiento del miedo y se avergüenza ante la muerte de su hijo. Toma entonces la decisión de arrancar el miedo del alma; de sacar las raíces de la yerba mala. Y el matojal es el miedo que no puede desterrar de su alma.

Pero, paralelamente, en escenas alternadas, hay otra narración que perfila otro símbolo: El jardinero ve crecer la yerba mala que estrangula sus plantas, que ensombrece la belleza del jardín grande y hermoso. Y con su machete tumba sus hojas largas, que vuelven a crecer *"porque las raíces continúan vivas y escondidas bajo la tierra"* (Vivas 46). Con el pico intenta destruir el matojal, que doblado, se estremece de las raíces arriba, y prosigue su existencia. Se afina otro símbolo.

El matojal permanece ahí "porque el jardinero aún no ha logrado arrancar las raíces" (Vivas 47). Y el matojal crece y cae, renace y vuelve a caer, y no acaba de morir porque como decía el Maestro, "El patriotismo crece aquí silvestre", sin nadie que abone el ideal. Y así, el sentimiento de independencia, crece, decrece, a veces parece desaparecer; pero ahí está y no acaba de morir porque permanece en la conciencia de un pueblo que día a día se construye y reconstruye, definiéndose y buscando en sus raíces la razón de

su ser y su existencia, de su identidad, de su lengua y de su raza. Y el matojal no pudo ser destruido.

OBRAS CITADAS

Acosta, Ivonne. "Albizu y la mordaza". Claridad, Suplemento en Rojo. (San Juan, Puerto Rico). 6 al 12 de septiembre de 1991: 9.

Berríos Figueroa, Edwin. *Sobre este suelo*. Río Piedras: Cultural, 1973.

Marqués, René. *En una ciudad llamada San Juan*. Río Piedras: Cultural, 1974.

_____. *Inmersos en el silencio*. Río Piedras: Antillana, 1976.

Rivera Sotomayor, José. "Albizu Campos resiste a tiros arresto ordenado por Washington". Claridad, Suplemento En Rojo. (San Juan, Puerto Rico). 6 al 12 de septiembre de 1991: 6-7.

Rodríguez Escudero, Néstor. *Litoral*. San Juan: Ediciones Ponce de León, 1965.

Santana, Eunice. "Nacionalismo y religión". Claridad, Suplemento En Rojo (San Juan, Puerto Rico). 6 al 12 de septiembre de 1991: 16.

Seijo Bruno, Mini. *La insurrección nacionalista en Puerto Rico*. Río Piedras: Edil, 1989.

Vega, José Luis. *Reunión de espejos*. Río Piedras: Cultural, 1983.

Vivas Maldonado, José Luis. *Mis cuentos*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1986.

"Dios creó la arcilla para el vaso de la humanidad, depositó en ese vaso la dicha de su gracia, dando a entender en su voluntad infinita que la materia tendrá que acoplarse a la trascendencia de las cosas, con el fin de establecer, al amparo de la piedad, el equilibrio del amor."

Pedro Albizu Campos